



Contemplando tu rostro, aprendemos a decir: «¡Hágase tu voluntad!»

Jornada *Pro Orantibus*

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de la Santísima Trinidad

Domingo, 26 de mayo de 2024



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Gloria a Dios para siempre (CLN, A 15) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada:

Bendito sea Dios Padre y el Hijo unigénito de Dios y el Espíritu Santo, porque ha tenido misericordia de nosotros.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia de nuestro Señor Jesucristo,
el amor del Padre
y la comunión del Espíritu Santo
estén con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. En este día de gozo confesamos nuestra fe en la Trinidad santa, adoramos su unidad todopoderosa y damos gloria a Dios uno y trino porque nos permite entrar en la intimidad y riqueza de la vida trinitaria. Y en esta celebración enmarcamos la Jornada Pro Orantibus, Jornada en la que recordamos de manera especial a nuestros hermanos y hermanas monjes y monjas, de los monasterios de clausura, repartidos por tantos rincones de nuestra tierra, pedimos y damos gracias por ellos, para que nos ayuden a contemplar el rostro de Jesús, y aprendamos a decir: «¡Hágase su voluntad!», como reza el lema de esta Jornada Pro Orantibus 2024.

Todos, invitados a caminar juntos, a ser unos con él, y a sentirnos acogidos y amados en Dios, en la unidad de su pueblo, reunido en el nombre de la Trinidad; esta es nuestra fuerza, la luz que nos hace resplandecer a la Iglesia como signo de paz y bien para todos pueblos.

Todos, llamados a anunciar como testigos humildes al Dios uno y trino, que nos invita a resplandecer su rostro y comprometernos, en la construcción de la civilización del amor y de la paz, en estos momentos de nuestra historia, tan convulsos y complejos.

Que con los monjes y monjas, a los que tenemos muy presentes en esta Jornada, en la que la Iglesia que peregrina en España los quiere hacer presentes de manera especial, nos ayuden a través de sus vidas entregadas, en el silencio habitado de cada monasterio, y su oración constante y humilde, a contemplar al Dios de la vida, uno y trino.

Dispongamos el corazón a la celebración de este domingo de la Santa Trinidad, pues, dando gracias al Señor por la vocación

consagrada contemplativa, y pidiendo hoy por tantos hermanos y hermanas nuestros que viven, oran y misionan en cientos de monasterios esparcidos por la geografía española.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

DIOS todopoderoso y eterno, que, por medio del agua, fuente de vida y medio de purificación, quisiste limpiarnos del pecado y darnos el don de la vida eterna, dignate bendecir ✠ esta agua, para que sea signo de tu protección en este día consagrado a ti, Señor. Por medio de esta agua renueva también en nosotros la fuente viva de tu gracia, y líbranos de todo mal de alma y cuerpo, para que nos acerquemos a ti con el corazón limpio y recibamos dignamente tu salvación.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

TE pedimos humildemente,
Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua
para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre
la presencia del Espíritu Santo.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.

R̄. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Jesucristo, el justo, intercede por nosotros y nos reconcilia con el Padre. Abramos, pues, nuestro espíritu al arrepentimiento para acercarnos a la mesa del Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

A ti, el Hijo de Dios vivo, te invocamos: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

A ti, la imagen viva del Padre, te pedimos: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

A ti, el Ungido por el Espíritu Santo, te rogamos. Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

Puede introducirse con la siguiente monición.

Con los ángeles y santos, alabemos y glorifiquemos a Dios, Padre todopoderoso, por su Hijo Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo.

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS Padre,
que, al enviar al mundo
la Palabra de la verdad
y el Espíritu de la santificación,
revelaste a los hombres tu admirable misterio,
concédenos, al profesar la fe verdadera,
reconocer la gloria de la eterna Trinidad
y adorar la Unidad en su poder y grandeza.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Confesamos nuestra fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, en la unidad de la Iglesia.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Padre, por Jesucristo, su Hijo, en la unidad del Espíritu Santo.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la unión de las Iglesias, para que los cristianos dispersos seamos reunidos en la unidad de la Iglesia de Cristo. Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes de todas las naciones, para que promuevan la honradez y la justicia. Roguemos al Señor.
3. Por los no cristianos, para que reconozcan en el Hombre Jesús al Dios vivo y verdadero. Roguemos al Señor.
4. Por los hermanos y hermanas que han recibido en la Iglesia la vocación contemplativa: para que, con su oración y ofrenda de su vida, sean fuente de esperanza, desde su fe orante, sostengan y nos ayuden a contemplar el rostro de Jesús, y aprender a decir: «¡Hágase tu voluntad!». Roguemos al Señor.
5. Por todos nosotros, fieles y pastores, para que descubramos el lugar insustituible que ocupa la vida contemplativa en la Iglesia, y que su oración, alabanza y sacrificio fructifiquen en el corazón de aquellos a quienes el dueño de la mies sigue llamando y se dispongan a cooperar con el universal proyecto de la redención. Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS único y verdadero, omnipotente y misericordioso,
tú nos has llamado a compartir tu vida
en la comunidad de las tres Personas.

**Escucha, Padre nuestro, la oración de tu Iglesia,
que ora en el Espíritu Santo,
en nombre de tu Hijo, Jesucristo, Señor nuestro,**

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

PREPARACIÓN DE LOS DONES

Antes de llevar el pan y el vino al altar para la eucaristía, se pueden poner ante él unas flores.

Mientras tanto un lector dice:

Cristo Jesús es el camino, la verdad y la vida, la esperanza para el mundo. Su pascua ha triunfado sobre la muerte y nos ha regalado una nueva vida. Que la belleza de estas flores, que colocamos ante el altar antes de traer el pan y el vino para la eucaristía, nos recuerden la belleza de la vida que el Señor nos ha regalado, y podamos, con la gracia de Dios, exhalar el perfume de las buenas obras en medio del dolor de nuestro mundo. Que la eucaristía que celebramos nos ayude a ser contigo y entre nosotros un solo corazón y una sola alma, para bien de nuestro mundo.

Una vez dispuesto el altar, algunos fieles llevan el pan y el vino para la celebración de la eucaristía.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Toda la tierra te adore (CLN, A 16) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**SEÑOR y Dios nuestro,
que la recepción de este sacramento
y la profesión de fe en la santa y eterna Trinidad
y en su Unidad indivisible,
nos aprovechen para la salvación del alma y del cuerpo.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

El Señor os bendiga y os guarde.

Rx. Amén.

Haga brillar su rostro sobre vosotros y os conceda su favor.

Rx. Amén.

Vuelva su mirada a vosotros y os conceda la paz.

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

MONICIÓN DE DESPEDIDA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición:

Hemos celebrado con gozo el misterio de nuestra fe. Somos el pueblo adquirido por Dios, llamado a salir de la tiniebla para entrar en su luz maravillosa (cf. 1 Pe 2,9). Caminando juntos con nuestros hermanos y hermanas que viven entregados a la oración en la vida contemplativa, hemos dado gracias a Dios por el don de sus vidas que, como lámparas encendidas, son estímulo para que todos vivamos con fidelidad y entusiasmo este camino sinodal, comprometiéndonos todos en su realización. Que la Virgen María, mujer contemplativa, acompañe nuestro camino y el de todos los contemplativos con la luz de la fe, el consuelo de la esperanza y la fortaleza de la caridad.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podéis ir en paz.

R̄. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española